

III

HABIENDOME robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
me senté en el vagón
y me puse a pensar en mis maletas,
mis gafas,
mis desdichas.

Suena, suave, un disco de guitarra.
El tren arranca.

Poco a poco,

aparece el campo
de Castilla.

Al fondo, la Renault.

A la izquierda, lejanos, los montes consabidos.

A mi derecha, un viejecito argentino
hojea un cuaderno de música.

Enfrente, dos matrimonios
jóvenes, pequeñoburgueses y acretinados.

La guitarra, los crócalos,
y a lo largo de toda la vía,
de toda mi desolada vida,

un amor tan infausto como mío.

